

PROYECCION DE LA EDUCACION MUSICAL EN LA COMUNIDAD

por

Elisa Gayán Contador

Profesora del Conservatorio Nacional de Música de la Universidad de Chile y Presidenta de la Asociación de Educación Musical Chilena.

Para poder abordar este amplísimo y trascendental tema, tendremos que observar varios panoramas sintéticamente tratados en un breve análisis conceptual, que nos permitan enfocar algunos de sus factores fundamentales. Así tendríamos que aunar criterios sobre "Comunidad, Individuo, Educación del individuo a través de la Escuela y el factor Música dentro de este devenir humano".

Comunidad: Si nos atenemos a su concepto clásico, podemos decir que consistiría en grupos de individuos de la misma especie que viven en estrecha proximidad. En otra forma: grupos individuales que presentan características comunes: intereses, bienes, ideas, etc. Si miramos el problema bajo la lente de nuestro tiempo, tenemos que pensar que la *comunidad responde a un mecanismo de cohesión social*, fenómeno que ha llenado todos los ciclos de la evolución humana. Estos núcleos de cohesión social estarían movidos, fundamentalmente, por el instinto de cooperación y de unidad, los que obedecerían a resortes subjetivos profundos girando alrededor de intereses de supervivencia biológica, intereses económicos bien entendidos, moral, religión, arte. Todos estos factores proporcionarían a nuestra inteligencia, incontables argumentos en favor de la más amplia cooperación mundial; pero los viejos instintos heredados de nuestros antepasados tribales surgen indignados, sintiendo que la vida perdería su sabor si no hubiera nadie a quien odiar, que quien fuera capaz de amar a un bribón sería un ser despreciable, y que un mundo donde todos nos amáramos unos a otros no presentaría nada por lo que mereciera la pena vivir, porque la lucha es ley de la vida. Así, si alguna vez fuera posible llegar a realizar la gran comunidad universal, sería necesario encontrar, directamente, los medios de engañar la primitiva ferocidad, en gran parte producto del inconsciente de cada individuo —por un lado— y, por otro lado, encontrar salidas o realizaciones viables para los instintos pugnaces.

Este es un problema que no se ha podido resolver ni siquiera buscando el refugio o la mística de las religiones o de la moral; porque al problema de estar en paz consigo mismo o con nuestros impulsos —en otras palabras—, no se le ha prestado la debida atención, sobre todo en nuestros días en que con tanta urgencia se mira sólo hacia el campo del tecnicismo y de las ciencias. Y esto mirado bajo el punto de vista puramente biológico, constituye la mayor de las desdichas y amenaza abiertamente a la comunidad actual. Pensemos que el tecnicismo y las ciencias han avanzado con pasos de gigante en el camino de la destrucción dejando totalmente rezagado el camino creador. Como ejemplo: un solo hombre, en un minuto puede matar 100.000 individuos y arrasar pueblos; pero no puede engendrar hijos con más rapidez hoy que en los días de nuestros antepasados salvajes...

Así, tenemos entonces, que habría que buscar y examinar las influencias —tanto benéficas como perniciosas—, de los instintos, los impulsos y deseos que mueven a estos núcleos humanos que significan una comunidad. En la comunidad primitiva, el instinto de grey fue el más importante de acuerdo a su desarrollo del momento; pero, a medida que el hombre avanzó en civilización, empezaron a manifestarse diferencias cada vez mayores entre las actividades desarrolladas por los componentes comunales, y si una comunidad ha debido progresar es gracias a que siempre hubo un grupo de sus personeros que disintieron del criterio general, constituyendo el factor decisivo de progreso.

A través del estudio evolutivo de las culturas, podemos constatar que siempre en las comunidades ha habido la diferenciación de funciones y que éstas han afectado —casi especialmente— en el aspecto artístico, después en el religioso y moral y, finalmente, en el científico. Sin embargo, si comparamos nuestros días con las épocas pasadas, tenemos que aceptar que el artista —hoy— no desempeña en la vida pública un papel tan vital como el que cumplió antaño: Homero, Virgilio, Shakespeare, Juan Sebastián Bach son producto de épocas y están unidos a las vidas ciudadanas; las glorias de las Pirámides, del Partenón y de las catedrales medievales estuvieron unidas a fines públicos. En nuestra época, no se alcanza a sentir la importancia del cantor, del poeta, porque se está ahogando la capacidad de disfrutar del placer espontáneo a través del sonido o del pensamiento hablado en forma poética. Ello —creemos— se debe a que cada vez más la humanidad se hace más metódica, más material, más objetiva, calculadora y grandiosa.

Hoy día, si un individuo que nace premunido de dotes esencialmente subjetivas, se dedica al arte, tiene pocas esperanzas de ejercer una influencia social tan grande como en el pasado; y aún más: que siquiera su nombre esté grabándose o enraizando en las sociedades del momento; así, su radio de acción se limita casi sólo y exclusivamente al terreno específico en que su condición creadora lo ha colocado. En cambio, si echamos una mirada a otros aspectos de la civilización contemporánea, no podemos dejar de reconocer que en campos ajenos al arte se destacan individuos que marcan etapas; ¿quién puede desconocer a Carlos Marx, el sociólogo, a Lenin, el dirigente político, a Rockefeller, con su poder industrial inmenso, a los investigadores del átomo, del cáncer, a Bertrand Russell, el filósofo, al Dr. Schweitzer, el filántropo o a los cosmonautas?

Así, lo mismo que para el bien o el mal, nuestra época está señalada por la ciencia en todos sus aportes. Pero esta dependencia del desarrollo de la inteligencia científica está asfixiando nuestra comunión con el espíritu; no hay tiempo para dejar que el mundo de las imágenes sensibles vengan a embellecer nuestras vidas y a suavizar nuestras angustias. Y, sin embargo, sería tan fácil encontrar el puente imaginario para que el milagro se produjera.

Aceptemos que la ciencia nos domina, ¿no sería de interés buscar el Talón de Aquiles de esa misma ciencia fría, objetiva y calculadoramente exacta, para adentrarnos en su propio campo impregnándolo de sensibilidad y belleza?

Sensibilidad y belleza son patrimonio exclusivo de las artes. Y de esas artes, ¿cuál es aquella que quiera o no el individuo supuesto normal tiene que captar, si está dotado de un oído físicamente sano? De más está decirlo: *sólo la música*. Ya lo dijo Einstein, el grande y magnífico científico de nuestros días: "el universo es ritmo, es equilibrio; y de las artes es la música la única que se mueve en el espacio-tiempo". Vemos, pues, que Einstein con todo su saber casi extrahumano, pidió prestada a la música su vocablo "ritmo" para sintetizar las fuerzas en equilibrio que mueven al infinito y luego aplica a la música su concepto nuevo "espacio-tiempo"

para significarnos, tal vez, que es la música el único arte que desconoce la estática. ¿No se podría hacer de la música un concepto tridimensional y decir arte del espacio-tiempo-espíritu?

Si por concepto espíritu tenemos que es la suma imponderable de los estados anímicos que mueven a todo individuo, y si estos estados anímicos están en razón directa con su grado de equilibrio o estabilidad nerviosa, ¿no sería la música el gran aporte para abstraerlo de los asomos o brotes neuróticos a que lo está llevando la civilización y el tecnicismo? Creo —modestia aparte— que aquí estaría el Talón de Aquiles del mundo científico que domina a las comunidades de nuestros días. No olvidemos que lo dicen los psicoanalistas: "el precio de la civilización es la neurosis".

Que la música con su poder evocador inmenso es capaz de hacerlo, nadie lo duda. ¿Quién podría negar la electricidad nerviosa o el fluido magnético que emana de una multitud que escucha a una buena orquesta? Jamás déspota alguno ha sido mejor acatado y obedecido que un buen director de orquesta; jamás ha podido apreciarse un mejor y total renunciamiento de una multitud que el producido ante una obra musical verdaderamente valiosa, porque en esos momentos el músico y el director *están actuando directamente sobre millares de células de cientos de seres humanos con tanta seguridad y acierto como el hilo voltaico hace temblar a un músculo*; porque la música no sólo es arte y no sólo es ciencia: va más lejos, ya que es una fuerza de la naturaleza hablando muy profundo a lo más noble del Hombre: su Inconsciente con todas sus vivencias, sus experiencias, sus inquietudes y sus esperanzas.

La música es el único arte que al dirigirse al razonamiento puede prescindir de él y obra en forma tan directa sobre el organismo como la subitaneidad de una luz.

Sin embargo, los secretos de este arte son accesibles a pocos hombres y aún más: son sólo comprendidos por círculos restringidos de personas. No es aconsejable que una manifestación humana parezca sólo como del dominio de una sociedad secreta. Debe reconocerse que es fatal para un arte mantenerse ajeno a una efectiva y constante unión con las comunidades. Los individuos que conforman estas comunidades, son materia infinitamente transformable por depuraciones y refinamientos sucesivos; así, podría decirse, que es un poco un deber de patriotismo la tarea de atraer hacia la buena música, en forma gradual y con el debido tacto humano, hasta a los más humildes adeptos.

La ola de los grandes ritmos agita a las masas, especialmente a las juveniles. ¿Por qué no canalizar adecuadamente esta espontánea respuesta al estímulo sonoro? ¿No sería más positivo guiarlas desde su edad temprana hacia el goce espiritual ante una obra de mérito capacitándolas para un criterio discriminatorio, en lugar de criticar a nuestros jóvenes que se hacen esclavos de la danza de moda? ¿Y si esta danza es lo único que se les da en todo orden de cosas, radios y hoy también televisión? Si estos elementos de la vida noticiosa cotidiana —para subsistir—, requieren observar exclusivamente el aspecto comercial de sus programas, con la explotación del mal gusto y sólo dirigiéndose al instinto o al bruto que duerme en cada uno de nosotros, ¿cómo podemos criticar a nuestros muchachos? ¿Acaso los poderes públicos, sociales o artísticos han formado un auténtico y amplio movimiento o núcleo de profesores que hayan tratado, realmente, de llevar a su patria y a sus conciudadanos a un terreno de una más alta jerarquía espiritual? No critico ni lo pretendo hacer; pero, hasta hoy, los músicos de mi país como los de América —creo— no han alcanzado a tener el tiempo suficiente para comprender la verdadera y amplia importancia social del arte y para poner a la música al servicio de los indi-

viduos fomentando una adecuada formación artística desde su anteceder, cualquiera que sea su clase o su condición humana.

Esta reflexión nos lleva a enfocar la Comunidad en relación con la Escuela y la Música.

Hace ya mucho tiempo que educadores realistas reconocieron lo necesario que es *relacionar íntimamente las experiencias de una enseñanza más amplia*. Encontramos en este camino a Rousseau, Pestalozzi, Spencer y, en nuestros días, a John Dewey.

La Comunidad o sociedad moderna han producido dos consecuencias que refuerzan el principio pedagógico enunciado: 1) la declinación de la interescolaridad que no permite un ciclo integral de educación, y 2) el aumento de tensión y rivalidad, tanto interna como internacional, que culminó con la gran depresión económica de 1930 y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Estas dos dolorosas experiencias reforzaron la necesidad de encontrar el sistema pedagógico que ensamblara y nutriera los desintegrantes movimientos sociales de postguerra basándose en la proyección de la enseñanza fuera del enclaustramiento de la escuela hasta entonces conocida, al ponerla en contacto directo con la comunidad viviente, escenario ilimitado de las necesidades vitales presentes y futuras de todo individuo.

De esta manera, la Escuela —hoy— debe operar como el centro máximo educador para el niño y el adulto; debe atender al estudio de la estructura, problemas y procesos que afectan a la Comunidad en que se asienta; debe tratar de mejorar esta misma Comunidad, participando en sus actividades civiles; y, finalmente, debe dirigir y orientar sus esfuerzos educacionales.

Experiencias dignas de señalarse como valiosas, nos indican que los programas educativos centrados sobre la Comunidad, que acusan mayor eficiencia, descansan, especialmente, en tres principios fundamentales: a) *comprensión social*; b) *motivación social*, o sea, la búsqueda de incentivos sociales útiles, y c) *capacidades sociales* que sería más o menos como el aumento de la competencia en la participación y orientación de los intereses comunales. Para cumplir con estos postulados, la Escuela tiene muchos medios y utiliza sus mejores y más apropiadas técnicas a base de: materiales documentales, procedimientos audiovisuales, excursiones, exploraciones, instituciones de ayuda social, etc.

En cualquiera y todos estos medios, la música debiera ocupar un papel preponderante, bien señalado y definido, por medio de muchos profesores, innumerables maestros de una auténtica Educación Musical, que sea capaz de adentrarse profundo en los escolares y, a través de ellos, proyectarse hacia los integrantes de una comunidad culta y sana de espíritu.

La Educación Musical realmente orientada, que mire hacia la realidad ambiente y hacia la realidad social, factores básicos que conforman un sector o una región determinada, *es la única disciplina del saber humano que labora con lo más digno del Individuo: sus sentimientos, su alma por así decirlo*.

La música —ya lo dije— con su alto poder evocador puede sumirnos en infinitos y caleidoscópicos estados anímicos; puede mover todo nuestro andamiaje asociativo, despertar recuerdos, darnos placer y dolor, sacarnos de depresiones o invitarnos a ensoñar. Y si todo esto es capaz de provocarse a través del mensaje musical, ¿cómo no podemos aún comprender —en toda su gran magnitud—, que se necesita de la música y del contacto con ella a través de la educación? ¿Y más tarde de la instrucción musical?

Cierto es que la época nos arrastra y necesitamos ir a la par con las ciencias y el tecnicismo; pero también podemos constatar el desequilibrio nervioso y espiri-

tual en que se mueve la humanidad, como asimismo la rebaja y escasez de los valores humanos. Y si hay una fuerza, una dinámica oculta casi, que podría coadyuvar a un vivir mejor, ¿por qué no salimos valientemente, sin falsos pudores, y tratamos por todos los medios de imponer una especie de regresión de los hombres hacia una autocontemplación o hacia un resurgimiento espiritual por medio del mensaje sonoro?

Pero, para que esto se realice, tenemos muchos elementos en contra: la apatía, la desconfianza-ambiente, la falta de conocimiento o conciencia de las directivas educacionales hacia el real valor de esta actividad artística en la formación del futuro ciudadano y sobre todo *nosotros mismos*, los profesores de música que, por la experiencia de subestimación en que se ha tenido la especialidad a lo largo de muchos años, hemos heredado esa subestimación y muy poco se ha hecho por sacudir el yugo.

Creo que la primera fase para sacudir este estigma que pesa ya muy largamente, es tener fe en nosotros mismos, fe en nuestro propio valer guiado por una sólida formación profesional que pueda ponernos a la par, en el terreno de la cultura general, con cualquier especialista o pedagogo de otras especialidades. Sólo la confianza y fe que podamos emanar como profesores y educadores podrán llevar a la Educación Musical al terreno que le corresponde en el devenir formativo del individuo. Su proyección a la Comunidad se producirá espontáneamente a través de ese mismo individuo que hemos ayudado a formar, crecer y madurar, en tal manera, que es capaz de presentar *un real y auténtico equilibrio entre su saber y su sentir, entre su mundo técnico y su mundo sensible.*